

diputados. Todavía no existían periódicos que diesen cuenta de las sesiones de la asamblea nacional, por cuyo motivo era preciso reunirse para saber lo que pasaba. En el jardín del palacio real, se congregaba el mayor concurso de gentes. Este magnífico jardín, rodeado de las más ricas tiendas de Europa, hacia parte del palacio del duque de Orleans, y á él concurrían los estrangeros, los hombres de mala conducta, los ociosos y sobre todo los más acalorados agitadores. Allí se oían los discursos más atrevidos, ya en los cafés ya en el mismo jardín. Se veían á menudo oradores subidos en una mesa, rodeados de un gentío inmenso, escitándole con palabras violentas, que nadie se atrevía á castigar, porque allí reinaba la multitud como soberana. Entre los más ardientes figuraban unos hombres que pasaban por adictos al duque de Orleans, cuyas riquezas y prodigalidades eran sabidas de todos, así como sus enormes empréstitos. Su proximidad al trono y su ambición mal definida, y peor disfrazada, eran otros tantos motivos que le acusaban de complicidad. Sin designar ningún nombre propio, puede á lo menos certificar la historia que se derramó mucho oro sin duda, y que si bien la parte sana de la nación deseaba ardientemente la libertad, no faltaban agitadores, que aprovechándose de las circunstancias, conmovían las masas populares, excitándolas á cometer escé-

los bajo pretexto de mejorar su suerte y aliviar sus padecimientos. Mas en todo caso no debe contarse este influjo entre las causas de la revolución, porque no se hace mover á una nación entera de 25 millones de almas con un poco de oro, ni con maniobras secretas.

Pronto se presentó una ocasión de turbulencias. Las guardias francesas, tropa escogida que hacia parte de la guardia real, residían en Paris, é iban y venían alternativamente de Paris á Versalles cuatro compañías de aquel cuerpo, para el servicio de palacio. Además del descontento que había cundido entre los soldados por la severidad exagerada que se había introducido recientemente en la disciplina, tenían motivos de queja de su nuevo coronel. Cuando el saqueo de la casa de Reveillon, se mostraron algo encarnizados contra el pueblo; pero más tarde manifestaron sentimiento de su conducta en aquella circunstancia, y con la frecuencia de sus relaciones con los habitantes de Paris iban cediendo poco á poco á la seducción. Por otra parte no podían disimularse los soldados, cabos y sargentos que no había ascenso para ellos, y les incomodaba ver á sus oficialitos jóvenes hacer poco ó ningún servicio, presentándose únicamente en los días de parada, y desdeñándose de seguir el regimiento á los cuarteles. Allí como en otras partes, había un estado llano que llevaba toda la carga sin



compensacion ninguna. Hubo pues en el cuerpo algunos actos de indisciplina, y de resultas fueron arrestados algunos soldados y conducidos á la cárcel militar de la abadia. Inmediatamente se reunió la gente en el palacio real gritando *á la abadia*: á donde se dirigió en efecto, y rompiendo las puertas sacó á los presos y los llevó en triunfo al jardín el día 30 de junio. Mientras que estaban los soldados custodiados en aquel sitio por el pueblo, se escribió una carta á la asamblea pidiendo su libertad. Pero viéndose esta comprometida entre el pueblo por una parte y el gobierno por otra, sospechando que este último iba á decidir en su propia causa, se veia en la precision de intervenir y mezclarse en la policia pública. Para evitar uno y otro tomó una resolucion tan acertada como prudente, cual fué la de hacer saber á los parisienses su deseo de mantener el buen orden, exhortándoles á que no le alterasen, y al mismo tiempo envió una diputacion al rey para implorar su clemencia, como medio infalible de restablecer la concordia y la paz. Agradecido el rey á la moderacion de la asamblea, ofreció ser clemente despues de restablecido el orden, é inmediatamente volvieron las guardias á la cárcel, de donde salieron poco despues en virtud de un indulto real.

Todo iba bien hasta entónces, pero la reunion de la nobleza á los otros dos estamentos no se ha-

bia efectuado sin repugnancia de su parte y solo bajo la promesa de que duraria poco. Continuaban diariamente sus juntas particulares, y protestaban contra las operaciones de la asamblea nacional. Pero iba disminuyéndose progresivamente el número de sus miembros en términos que el 3 de Julio era de 138, el 10 de 93, y el 11 de 80. Sin embargo persistian los mas obstinados y el 11 resolvieron presentar una protesta que no llegó á redactarse con motivo de los acontecimientos que sobrevinieron. Por su parte la corte no habia cedido voluntariamente, ni renunciaba á los proyectos que tenia formados. Disipado el miedo que la acometió despues de la sesion real de 23 de junio, habia consentido en la reunion general, con la esperanza de entorpecer la marcha de la asamblea, por medio de los nobles, hasta llegar á disolverla á viva fuerza. Habia conservado á Necker únicamente para cubrir con su presencia las tramas secretas que se urdian; pero la agitacion que este notaba y la reserva que se guardaba con él, le indicaban que habia maquinaciones de entidad. El mismo rey no lo sabia todo, y no hay duda que los proyectos iban mucho mas allá de lo que él queria. Creia Necker que toda la accion de un hombre de estado consistia en racionar, y solo tenia fuerza para hacer representaciones inútiles. De acuerdo con Mounier, Lalli Tolendal y Cler-



mont-Tonnerre, meditaban juntos sobre los medios de adoptar en Francia la constitucion inglesa. Durante este tiempo la corte seguia en sus preparativos secretos, por cuyo motivo se mandó detener á varios diputados nobles que intentaban retirarse, haciéndoles esperar un desenlace próximo.

Se acercaban las tropas bajo el mando del viejo mariscal de Broglie <sup>48</sup>, que habia sido nombrado comandante general, y del Baron de Bezenval <sup>49</sup>, que obtuvo el mando particular de las que estaban situadas al rededor de Paris, compuestas de quince regimientos, los mas de tropa estrangera. Por su jactancia y amenazas inoportunas, los cortesanos descubrieron el peligro comprometiendo así el éxito de sus proyectos.

Instruidos los diputados populares, no de todos los pormenores del plan, que no era conocido todavía y que jamas supo enteramente el rey, pero sí de que era de temer alguna violencia, se irritaron como era regular y pensaron en los medios de resistirle. Se ignora y probablemente se ignorará siempre qué medios secretos se emplearon para la insurreccion del 14 de julio, pero poco importa saberlos. Si es cierto como lo es que la aristocracia conspiraba, nada tiene de extraño que el pueblo conspirase tambien. Los medios eran unos mismos, y lo único que podría diferenciarlos sería la justicia de la causa y esta no estaba cierta-

mente de parte de los que querian revocar la reunion de los tres estamentos, disolver la representacion nacional y perseguir á sus mas animosos diputados.

Pensó Mirabeau que el medio mas seguro de intimidar al gobierno era reducirle á discutir públicamente las medidas que se le veía tomar, á cuyo fin era preciso denunciarle abiertamente, y si titubeaba en sus contestaciones ó las tergiversaba, era bien manifiesta su culpa y la nacion quedaba advertida y sublevada.

En consecuencia, propuso suspender los trabajos de la constitucion y pedir al rey que mandase alejar á las tropas, cuidando de manifestar en sus palabras el mayor respeto al monarca, al mismo tiempo que prodigaba los mas severos vituperios al gobierno, asegurando que llegaban diariamente nuevos batallones; que todos los pasos estaban cogidos; que los puentes y paseos públicos se habian convertido en puestos militares; que muchos hechos públicos y secretos, muchas órdenes y contra-órdenes precipitadas se daban á la vista de todo el mundo y anunciaban la guerra, y por último, tomando al fin de su discurso un tono todavía mas acre, concluyó de este modo: «Se amenaza á la nacion con un número de soldados mayor que el que, tal vez, se pondria sobre las armas en una invasion estrangera, mil veces ma-



«yor á lo menos que los que se ha procurado reunir para socorrer á unos amigos mártires de su fidelidad, y sobre todo para conservar la preciosa alianza de los holandeses, adquirida á costa de tantos sacrificios y tan vergonzosamente perdida.»

En medio de los aplausos unánimes que escitó este discurso, se adoptó la representacion redactada por Mirabeau, suprimiendo únicamente el párrafo en que pedía que las tropas fuesen reemplazadas por milicias urbanas. En esta célebre representacion que, segun se cree, no escribió Mirabeau, pero cuyas ideas son suyas y redactadas por un amigo, preveia cuanto iba á suceder; esto es, la sublevacion del pueblo y la defeccion de las tropas por el roce con los ciudadanos. Igualmente astuto que audaz, se atrevia á asegurar al rey que sus promesas no serian vanas. «Nos habeis llamado, le decia, para regenerar el reino, y quedarán cumplidos vuestros deseos á pesar de los engaños, de las dificultades y de los peligros.» etc.

Una diputacion de 24 miembros de la asamblea puso la representacion en manos del rey, quien no queriendo esplicarse demasiado claro, contestó que la reunion de tropas tenia por único objeto la tranquilidad pública y la proteccion debida á la asamblea, pero que si esta hubiese

concebido algunos temores, la trasladaria á Soissons ó á Noyon, y que él mismo iria á residir en Compiègue.

No podia contentarse la asamblea con semejante respuesta, y mucho menos con la oferta de alejarse de la capital para encontrarse entre dos campamentos. Propuso el conde de Crillon<sup>20</sup> que se fiase la asamblea en la palabra de un rey, hombre de bien. «La palabra de un rey hombre de bien, dijo Mirabeau, no basta para garantizar la conducta de sus ministros. La ciega confianza en nuestros reyes nos ha perdido. Hemos pedido que se retiren las tropas, mas no el huir delante de ellas, y asi es preciso insistir todavia y sin cesar.»

No tuvo apoyo esta mocion porque era demasiada la franqueza que ostentaba Mirabeau para que le perdonasen las maquinaciones secretas, si es cierto que se emplearon estas últimas.

Habia llegado ya el 11 de julio, en que como otras muchas veces habia dicho Necker al rey, que si no le eran gratos sus servicios estaba pronto á retirarse con sumision. Desde luego acepto esa palabra, le respondió S. M., y el 11 por la noche recibió Necker una esquila suya, en que le intimaba que la cumpliese, instándole á que no difiriese su partida y añadiéndole que esperaba de su lealtad que guardaria el mas profundo silencio



sobre ella. Justificó Necker en esta circunstancia la honrosa confianza del monarca, saliendo sin avisar á nadie de su propia familia, ni á ninguno de sus amigos, y á las pocas horas estaba ya muy lejos de Versailles. Al dia siguiente 12, que era domingo, empezó á correr la voz de que Necker habia sido depuesto, igualmente que sus compañeros en el ministerio, Montmorin<sup>21</sup>, La Luzerne<sup>22</sup>, Puissegur<sup>23</sup> y San-Priest<sup>24</sup> á quienes reemplazaban Breteuil<sup>25</sup>, La Vauguyon<sup>26</sup>, Broglie, Foulon<sup>27</sup> y Damecourt<sup>28</sup>, casi todos sindicados por su oposicion á la causa popular. En un momento se estendió el alarma por todo Paris y se llenó de gente el palacio real. Un jóven llamado Camille Desmoulins<sup>29</sup>, que se dió á conocer despues por su exaltacion republicana, dotado de una alma sensible aunque demasiado fogoso, se subió sobre una mesa enseñando unas pistolas y gritando á las armas; arrancó una oja de un árbol y se la puso en guisa de escarapela incitando á todos á que le imitasen.

Al momento quedaron deshojados los árboles y corrió la gente á buscar en un museo inmediato los bustos de cera de Necker y del duque de Orleans, amenazado, decian, con el destierro, y los fué llevando en triunfo por las calles de Paris. En la de San Honorato, cerca de la plaza de Vendome, se encontró la turba con un destacamento del



regimiento de caballería real aleman que la embistió é hirió á varias personas, entre ellas á un soldado de las guardias francesas. Estos últimos dispuestos ya á favor del pueblo y enconados contra el real-aleman, con quien habian tenido un mal encuentro algunos dias antes, tenían sus cuarteles cerca de la plaza de Luis XV é hicieron fuego contra el real-aleman. El principe de Lambesc <sup>30</sup> que mandaba aquel regimiento, se replegó sobre el jardin de Tullerías, cargando á la gente pacífica que paseaba, mató á un anciano en medio de la confusion y mandó evacuar el jardin. Mientras tanto iban concentrándose en el campo de Marte las tropas que rodeaban á Paris.

Entonces ya no tuvo límites el terror y no tardó en convertirse en enfurecimiento, derramándose la turba por todas partes y gritando á las armas. Los electores que se hallaban reunidos en aquella hora en la casa de la ciudad, se vieron rodeados en un instante por la muchedumbre, pidiendo armas que ya no les podian reusar, porque el pueblo se estaba apoderando de ellas en el momento mismo en que se deliberaba sobre si se le debian entregar. Toda la autoridad residia en aquel momento en los electores, que viéndose privados de todo poder activo tomaron las medidas que exigian las circunstancias, y decretaron la convocacion de los distritos, adonde se apresuraron á

CAMILO DESMOULINS EN EL PALACIO REAL.





concurrir todos los ciudadanos para buscar los medios de preservarse á un tiempo del furor popular y de las tropas reales. Durante la noche el pueblo que nunca pierde de vista lo que le interesa, invadió y derribó las barreras, \* dispersó á los empleados y dejó libres todas las entradas. En seguida corrió la gente á saquear las tiendas de los armeros y volvieron á dejarse ver aquellos foragidos que ya se habian notado en el saqueo de la casa de Reveillon, armados con lanzas y palos, saliendo como de debajo de tierra é infundiendo un espanto general. Se verificaron estos acontecimientos el domingo 12 de julio y durante la noche siguiente. El lunes por la mañana, los electores que continuaban reunidos en la casa de la ciudad, pensaron en dar una forma mas legal á su autoridad y llamaron en consecuencia al prevoste de los mercaderes, que era como si dijésemos el corregidor de la ciudad. No quiso consentir aquel magistrado sino despues de haber sido requerido formalmente lo cual se hizo agregándole un cierto número, de electores en clase de adjuntos. Asi se estableció una municipalidad revestida de todos los poderes, que llamó inmediatamente al director de la policia, y redactó en pocas horas un plan de armamento de la milicia urbana.

\* Llámense asi las puertas donde se cobra en Paris el derecho de entrada de comestibles. (N. del T.)

Debía componerse esta milicia de 48 batallones formados en los varios distritos, debiendo tener por distintivo la escarapela encarnada y azul en lugar de la verde. Se dió orden de prender, desarmar y castigar á toda persona que se cogiese con armas y con escarapela si no justificaba estar inscrito en la lista de la milicia urbana del distrito. Tal fue el primer origen de las guardias nacionales. Adoptaron este plan todos los distritos dándose prisa á ponerlo en ejecucion, y durante la misma noche el pueblo habia saqueado el hospicio de San Lázaro para buscar granos, así como el guarda muebles de la corona, de donde habia sacado armaduras antiguas de que se revistió. Se veian tropeles de gente recorrer la ciudad con morriones en la cabeza y lanzas en las manos. En aquellos momentos el pueblo se mostraba enemigo del saqueo, y con su movilidad acostumbrada afectaba desinterés, despreciando el oro por las armas y arrestando el mismo á los ladrones. A las guardias francesas y á la particular de la ciudad que ofrecieron sus servicios, se les incorporó en las milicias urbanas.

Entretanto el pueblo pedia á gritos que se le diesen armas, y el prevoste Fleselles <sup>31</sup> que al principio se las habia negado, afectaba ahora mucho celo, ofreciendo doce mil fusiles para aquel mismo dia y muchos mas para los siguientes, en vir-